

El misterio de las pelotas

Sergio Vilar

Nuestro país no deja de sorprenderme con cierta frecuencia, sobre todo desde que, hace un año, vuelvo a residir de manera permanente aquí. Una de las sorpresas consiste en observar como en el lenguaje hablado y en el escrito perduran numerosos residuos terminológicos procedentes del largo período de la dictadura.

Durante el franquismo, la prensa y los «portadores oficiales de cultura» se dedicaron a deformar la realidad o a ocultarla mediante descripciones gongorinas, barrocas o cuya abstracción conceptual estaba muy lejos de reflejar los hechos concretos.

Así, durante el franquismo, y después de más de veinte años de no dar información acerca de las huelgas, a partir de 1966 se les ocurrió llamarlas «conflictos laborales». Pero en 1979 las tentativas de deformar o por lo menos suavizar la expresión de los problemas siguen estando a la orden del día. Por ejemplo, al despido ha empezado a llamársele «flexibilización de las plantillas». Si no cambian las tendencias, corremos el riesgo de que ese barbarismo se generalice y que incluso quienes sufran la dramática experiencia del despido, acaben diciéndolo algo tan surrealista como que «me han flexibilizado».

Así, durante la dictadura, cuando había manifestaciones, al día siguiente no era raro leer en los periódicos que «la Policía pegó tiros al aire». Y a renglón seguido: «unos manifestantes resultaron heridos en las piernas», lo cual planteaba un extraño problema de racionalidad que algunos lectores ingenuos trataban de resolver mediante la búsqueda de respuestas a la formulación de no menos extrañas hipótesis: o los manifestantes volaban, o la Policía estaba tumbada en el suelo. Era el cultivo de la edulcoración del problema al que, además, en lugar de azúcar se le echaba tosca sacarina: elaboración de simples mentiras.

Ahora siguen edulcorándose o falsificándose algunos hechos.

Pensemos un momento en quienes, dentro de veinte o treinta años, lean nuestros periódicos de hoy: ¿qué lector va a entender que, según la prensa, en la actual etapa histórica la Policía se dedica a lanzar «pelotas de goma» y que estas «pelotas» producen «heridas graves» en los manifestantes? Imagino al investigador de las hemerotecas del futuro: de momento se encontrará un poco perdido en ese galimatías y dirá «¡misterio!», «¡extrañas pelotas!»; pero al final acabará deduciendo que esas «pelotas» no son otra cosa que balas, de goma, pero balas.

¿Por qué no llamar a las cosas por su nombre? ¿Es un escándalo! ¿Existe una confabulación para sustituir la materialidad de los hechos por un espectáculo verbal que se encarga de poner a los lectores gafas con cristales color de rosa? (Posiblemente son las agencias de noticias las que tienen la responsabilidad principal de esos «disfraces» conceptuales.)

Es todavía más escandaloso que, dos años después de estar avanzando por la transición a y la consolidación de la democracia, muchas manifestaciones acaban con muertos o heridos. Durante los últimos lustros he tenido ocasión de asistir pacíficamente a algunos de los mayores movimientos huelguísticos y manifestaciones que han tenido lugar en Europa; por ejemplo: en el mes de mayo de 1968, en París y en general en Francia. Pues bien, a pesar de que había millones de personas en la calle con la lógica tensión para tratar de conseguir cambios sociales y políticos, en aquellas jornadas no se produjo ni un solo muerto. Jamás vi que la Policía disparara la menor «pelota» ni muchísimo menos balas (sólo botes de gas lacrimógeno).

Hay que acabar con el «misterio» de las «pelotas de goma». Del mismo modo que es urgentemente necesaria una política democrática del orden público. Porque a veces no son ni «pelotas»: son

balas de metal plúmbeo. O como ha sucedido el sábado en Rentería: un «jeep» de la Policía arrolla a una anciana y la mata. ¿Son invisibles las viejecitas vascas? Sucesos como este no contribuyen a calmar los ánimos.

Todo parece indicar que en España existe un exceso de pelotas, de pelotas bárbaras o por lo menos neomedievales, y una carencia alarmante de cabeza, una falta inquietante de reflexión, de análisis de los problemas, con el fin de darles soluciones racionales.

Existen muchas otras pelotas, pero cada grupo tiende a aislarse con la suya, o cree que sólo su pelota es la única reglamentaria; resultado: apenas se avanza al ritmo que debería progresarse en el juego de la democracia. La elaboración teórico-concreta a partir de la práctica cotidiana en relación con otros sectores sociales y para resolver los problemas colectivos, es una actividad insuficientemente desarrollada. Aquí predomina la brutalidad empírica. En este país no existen verdaderos debates políticos y culturales: aquí existen fenómenos substitutivos, «extractos químicos», simulacros o pantomimas de controversias. Se da el caso de que algunos «debates» se organizan sólo entre quienes ya están de acuerdo. La inexistencia de auténticos debates políticos y culturales es, asimismo, un residuo patológico procedente de la dictadura.

Aquí sigue existiendo una peligrósima tendencia a aniquilar físicamente al adversario (la ETA es otro ejemplo de esta práctica). En el terreno de la cultura, esa tendencia se traduce tratando de eliminar a quien opina de otro modo: se intenta liquidarle mediante la organización del silencio en torno a él. Son prácticas salvajes, propias de ilergetes iletrados incapaces de tocar pelota por su propio esfuerzo intelectual.